



*Nora
Roberts*

Cita con el pasado

A sus treinta años, Callie Dunbrook es una experta arqueóloga. Ahora tiene la oportunidad que podría representar el gran salto en su carrera profesional. Le han propuesto dirigir el proyecto de excavación de un poblado y un cementerio indios de cinco mil años de antigüedad, que unas obras han puesto al descubierto en una pequeña y apacible ciudad estadounidense.

Pronto surgen los problemas. Callie tiene que enfrentarse a la cólera de un promotor urbanístico, a la hostilidad de algunos vecinos, a dos inexplicables muertes y al creciente rumor de que la excavación está maldita. Además, la han obligado a aceptar en el proyecto a quien menos habría querido ver cerca de ella: su irritante, aunque irresistible, exmarido.

Por eso no está muy dispuesta a escuchar a la misteriosa mujer que la aborda para revelar un secreto que las atañe a ambas. Algo que podría cambiar todo lo que Callie sabía de sí misma...

Índice de contenido

Cubierta

Cita con el pasado

Dedicatoria

Cita

Prólogo

Primera parte: La capa superficial

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Segunda parte: La excavación

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Tercera parte: Los hallazgos

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Sobre la autora

Notas

*Para mi querida Kayla, la nueva luz en mi
vida.
Lo que te deseo es demasiado para
describirlo,
por eso solo te desearé amor. Todo lo
mágico
y todo lo real, todo lo que importa surge de
él.*

El que le da un capricho a un
niño
hace sonar campanas en las
calles del paraíso.
Pero el que le da a un niño
un hogar
construye palacios en el otro
mundo,
y la que da a luz a un niño
trae de nuevo a la Tierra al
Cristo Salvador.

JOHN MASEFIELD

Conócete a ti mismo.

Grabado en el templo de
Apolo en Delfos

Prólogo

12 de diciembre de 1974

Douglas Edward Cullen tenía ganas de orinar. Los nervios, la excitación y la Coca-Cola que había tomado almorzando en el McDonald's como recompensa por haberse portado bien mientras su madre hacía compras, se habían aliado para que tuviera la vejiga a punto de explotar.

Se balanceó, mortificado, sobre las puntas de sus zapatillas rojas Keds.

El corazón le latía tan fuerte que creyó que, si no se ponía a gritar o a correr lo más rápido posible, explotaría.

Le encantaba ver explotar cosas en la tele.

Pero mamá le había dicho que tenía que portarse bien. Si los niños no se portaban bien, Papá Noel les dejaba carbón en el calcetín en vez de juguetes. No estaba muy seguro de qué era el carbón, pero sí sabía que quería juguetes. De modo que solo gritó y corrió mentalmente como le había enseñado su padre que hiciera cuando era muy, muy importante estarse quieto.

El gran muñeco de nieve que tenía al lado sonreía y era aún más gordo que su tía Lucy. No sabía qué comían los muñecos de nieve, pero aquel seguro que comía mucho.

El brillante hocico rojo de Rudolph, su reno favorito, parpadeaba tanto que deslumbraba a Douglas. Intentó distraerse contando los topos rojos que bailaban delante de sus ojos, igual que contaba números en *Barrio Sésamo*.

¡Uno, dos, tres! ¡Tres topos rojos! ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Pero se estaba mareando.

El centro comercial estaba en pleno bullicio, con música navideña que no hacía más que aumentar su impaciencia, gritos de otros niños y llantos de bebés.

Ahora que tenía una hermanita, Douglas lo sabía todo de bebés llorones. Cuando los bebés lloraban había que cogerlos y pasearlos, cantarles nanas o sentarse con ellos en una mecedora y darles golpecitos en la espalda hasta que eructasen.

Los bebés podían eructar tranquilamente sin que nadie los obligara a disculparse. Porque, claro, ¡los bebés no saben hablar!

Pero ahora Jessica no lloraba. Dormía en su cochecito y parecía una muñequita con el vestido rojo de volantes blancos.

Así es como llamaba la abuela a Jessica: su muñequita. Pero a veces Jessica lloraba y lloraba, y se le ponía la cara roja y arrugada. No había nada que la hiciera parar de llorar: ni canciones, ni paseos, ni mecedoras.

En esos casos Douglas no opinaba que pareciera una muñequita. Parecía mala y loca. Cuando eso pasaba, su madre estaba demasiado cansada como para jugar con él. Antes de que Jessica se le metiera en la barriga, ella nunca se cansaba de jugar con él.

A veces no le gustaba tener una hermanita que lloraba y ensuciaba los pañales y hacía que mamá estuviera demasiado cansada para jugar.

Pero en general no le importaba. Le gustaba mirarla y fijarse en la forma como agitaba las piernas. Y cuando le agarraba un dedo con fuerza le hacía reír.

La abuela decía que él tenía que proteger a Jessica porque eso era lo que hacían los hermanos mayores. La misión había llegado a preocuparle tanto que un día se había echado a dormir en el suelo junto a la cuna por si los mons-

truos que vivían en el armario salían a comérsela por la noche.

Por la mañana se había despertado en su cama, o sea, que puede que solo hubiera soñado que se había levantado a protegerla.

La fila avanzó un poco y Douglas miró, un poco asustado, a los elfos sonrientes que bailaban junto al trono de Papá Noel. Parecían un poco malos y locos, como Jessica cuando lloraba con todas sus fuerzas.

Si Jessica no se despertaba, no se sentaría en las rodillas de Papá Noel. Era una tontería que hubieran vestido a Jessie para sentarse en las rodillas de Papá Noel, porque no sabía disculparse cuando eructaba y no podía decir a Papá Noel lo que quería por Navidad.

Pero él sí podía. Tenía tres años y medio. Ya era mayor. O eso decían todos.

Su madre se agachó y habló con él bajito. Cuando le preguntó si necesitaba orinar, él negó con la cabeza. Ella parecía cansada y Douglas temía que si iban al baño no volviesen a ponerse en la fila para ver a Papá Noel.

Ella le apretó la mano, le sonrió y le aseguró que no faltaba mucho.

Douglas quería un coche de carreras, y un muñeco de acción, y un garaje Fisher Price, y algunos coches Matchbox, y un gran *bulldozer* amarillo como el que le habían regalado a su amigo Mitch por su cumpleaños.

Jessica era demasiado pequeña para tener juguetes de verdad. Solo le regalaban vestidos bonitos y animalitos de felpa. Las chicas eran bastante tontas, pero las niñas recién nacidas aún lo eran más.

De todos modos Douglas pensaba hablar con Papá Noel de Jessica, para que no olvidara dejarle unos peluches cuando bajara por la chimenea de su casa.

Su madre estaba hablando con alguien, pero él no estaba atento. Las conversaciones de los mayores no le intere-

saban. Menos aún le interesaron cuando la fila avanzó, las personas se movieron y vio a Papá Noel.

Era enorme. A Douglas, preso del miedo, le pareció que Papá Noel no era tan grande en los dibujos animados o en los cuentos.

Estaba sentado en el trono frente a un montón de elfos, renos y muñecos de nieve. Todo se movía: cabezas y brazos. Había grandes sonrisas.

Papá Noel tenía una barba muy larga. Apenas se le veía la cara. Y cuando soltó un vigoroso «jo, jo, jo», fue como si a Douglas le apretaran la vejiga unos dedos malvados.

Las luces parpadearon, un bebé lloró, los elfos sonrieron.

Douglas ya era mayor, un niño mayor. No le tenía miedo a Papá Noel.

Su madre le apretó la mano y le indicó que avanzara. «Ve a sentarte sobre las rodillas de Papá Noel.» Ella también sonreía.

Douglas avanzó un paso y luego otro, pero las piernas le temblaban. Papá Noel lo levantó del suelo.

«¡Feliz Navidad! ¿Te has portado bien?»

El terror golpeó a Douglas en el corazón como un hacha. Los elfos se acercaban, el hocico rojo de Rudolph parpadecía. El muñeco de nieve volvió la cabeza ancha y redonda y lo miró maliciosamente.

El hombretón del traje rojo lo agarraba con fuerza y lo miraba con unos ojos diminutos.

Gritando y forcejeando, Douglas saltó de las rodillas de Papá Noel y cayó de bruces sobre la tarima. Y se mojó los pantalones.

La gente se movió, oyó voces por encima de él y lo único que pudo hacer fue encogerse y gemir.

Entonces llegó su madre, lo abrazó y le dijo que no pasaba nada. Le palpaba la cara porque él se había golpeado la nariz y sangraba.

Su madre lo besó, lo acarició y no le riñó porque se le hubiera escapado el pipí. Douglas todavía respiraba con dificultad cuando se abrazó a ella.

Ella lo apretó fuerte, lo levantó para que apoyara la cabeza en su hombro.

Todavía murmurando palabras tranquilizadoras, se dio la vuelta.

Y empezó a gritar. Y empezó a correr.

Pegado a ella, Douglas miró hacia abajo y vio que el cochecito de Jessica estaba vacío.

PRIMERA PARTE LA CAPA SUPERFICIAL

Vayamos donde vayamos en
la superficie de las cosas,
otros hombres han estado
allí antes que nosotros.

HENRY DAVID THOREAU

1

El Proyecto Antietam Creek se detuvo de golpe cuando la azada de la excavadora conducida por Billy Younger desenterró el primer cráneo.

Fue una sorpresa poco agradable para el propio Billy, que llevaba rato sentado en la cabina de su máquina sudando y maldiciendo el calor insoportable de julio. Su esposa se oponía completamente a la propuesta de urbanización y aquella mañana le había soltado el habitual discurso airado mientras él intentaba desayunar huevos fritos con salchichas.

En cuanto a Billy, a él le daba lo mismo que se hiciera la urbanización o no. Pero un trabajo era un trabajo y Dolan le pagaba bien. Casi lo bastante para compensar el constante acoso de Missy.

Por culpa de las malditas críticas no había terminado el desayuno, y un hombre que tenía que trabajar como un burro todo el día necesitaba desayunar bien.

Y lo poco que había logrado tragarse antes de que Missy le cortara el apetito le había sentado mal al estómago y se había cocido, pensó amargado, en aquel calor húmedo insoportable.

Agarró los mandos, con la satisfacción de saber que su máquina nunca le hincharía la cabeza por intentar hacer su trabajo. A Billy nada le gustaba más, aun con el pegajoso calor de julio, que hundir aquella enorme pala en la tierra, sintiendo cómo mordía un buen pedazo.

Pero, además de la tierra, sacar un cráneo sucio y pelado que lo miraba maliciosamente bajo el sol abrasador del verano fue suficiente para hacer chillar a Billy, con toda su mole corporal, como una colegiala y hacerle saltar de la máquina con la agilidad de una bailarina.

Sus compañeros se burlarían de él sin piedad hasta que se viera obligado a romperle la nariz a su mejor amigo para confirmar su hombría.

Pero aquella tarde de julio corrió con la velocidad, la decisión e incluso la agilidad que tenía cuando jugaba al fútbol en sus días de colegio.

Cuando recuperó el aliento y la coherencia, informó a su capataz, y este, a su vez, a Ronald Dolan.

Cuando llegó el *sheriff* del condado, algunos obreros curiosos habían desenterrado varios huesos más. Se mandó a buscar al forense, y llegó un equipo de las noticias locales para entrevistar a Billy, a Dolan o a cualquiera que pudiera contribuir a llenar espacio en el informativo de la noche.

Se corrió la voz. Se habló de asesinato, de fosas comunes, de asesinos en serie. Se le sacó todo el jugo al asunto, hasta el punto de que cuando se terminó el examen y se dictaminó que los huesos eran muy antiguos, más de uno no estaba seguro de si estaba contento o decepcionado.

Pero a Dolan, que ya había tenido que pelearse con solicitudes, protestas y querellas para poder convertir las veinte hectáreas vírgenes de tierras pantanosas y bosque en una urbanización, la edad de los huesos le traía sin cuidado: su mera existencia era un coñazo.

Y cuando dos días después Lana Campbell, la abogada de ciudad trasladada al campo cruzó las piernas y le sonrió con sorna, Dolan tuvo que hacer un esfuerzo para no pegarle un puñetazo en su preciosa cara.

—Pronto recibirá la orden judicial —dijo ella, sin dejar de sonreír.

Ella había sido una de las voces más insistentes en contra de la urbanización. Por ahora, tenía razones para

sonreír.

—No necesita una orden judicial. He parado las obras. Estoy colaborando con la policía y la Comisión de Planificación.

—Digamos que se trata de una medida de seguridad adicional. La Comisión de Planificación del condado le ha concedido sesenta días para redactar un informe y convencerlos de que su urbanización debe continuar.

—Conozco el procedimiento, querida. Hace cuarenta y seis años que Dolan construye casas en este condado.

La llamó «querida» para molestarla. Como los dos lo sabían, Lana se limitó a sonreír.

—Me ha contratado la Sociedad Histórica de Conservación. Hago mi trabajo. Miembros del personal docente de los departamentos de arqueología y antropología de la Universidad de Maryland visitarán la obra. Como persona de contacto, le pido que les permita tomar muestras.

—Abogada de sociedades, contacto. —Dolan, un hombre fornido con una ruda cara irlandesa, se recostó hacia atrás en su silla. Su voz rebosaba sarcasmo—. Una mujer muy ocupada.

Metió los pulgares por debajo de los tirantes. Siempre llevaba tirantes rojos sobre una camisa azul de trabajo. Para él era un uniforme. Formaba parte de lo que lo convertía en un hombre corriente, de la clase trabajadora que había hecho de su ciudad, y de su país, algo grande.

Por mucho dinero que tuviera en el banco, y él sabía la cantidad exacta, no necesitaba ropa elegante para fanfarronear.

Seguía conduciendo una camioneta fabricada en Estados Unidos.

Había nacido y crecido en Woodsboro, a diferencia de la bonita abogada de ciudad. Y no creía que ella, o ningún otro, tuviera que decirle qué necesitaba su ciudad. De hecho, sabía mejor que muchos lo que le convenía a Woodsboro.